

NOTA SOBRE LA RECEPCIÓN DE FERNANDO PESSOA EN ESPAÑA

Antonio Sáez Delgado

Universidade de Évora – Centro de Estudos em Letras

Palabras clave: Estudios de recepción, Literatura portuguesa, Fernando Pessoa.

Pocos casos de la modernidad literaria en el contexto ibérico resultan tan interesantes, desde el punto de vista de la recepción, como el de Fernando Pessoa. Su vida, entre 1888 y 1935, se desarrolla en paralelo a esa gran categoría periodológica que denominamos Modernismo y que nos conduce desde la estética modernista de raíz hispanoamericana – Rubén Darío mediante – hasta la asunción de la Generación del 27 (o, en sentido ampliado, *Veintisiete*), atravesando la Generación del 98 y la Vanguardia Histórica española, con la marca inconfundible del Ultraísmo y el creacionismo huidobriano. Un tiempo denominado Edad de Plata de la literatura española, en el que no fueron pocos los escritores de prestigio que se interesaron por Portugal y su literatura.

La obra de Fernando Pessoa, en efecto, se desarrolla en paralelo a este tiempo brillante e incierto de la literatura española pero, sin embargo, no tuvo la fortuna de contar con “presentadores” de altura en el contexto literario español de la época. Si Eugénio de Castro y Teixeira de Pascoaes, los dos poetas portugueses con una presencia más nítida en España en la primera mitad del siglo XX, contaron entre sus valedores con figuras del prestigio e influencia de Miguel de Unamuno o Eugenio d’Ors, Pessoa tuvo que conformarse con la colaboración de un puñado de jóvenes poetas andaluces (Adriano del Valle, Rogelio Buendía e Isaac del Vando-Villar) como entusiastas pero humildes introductores de su obra en España. Es verdad que Pessoa se encontró con el poeta bohemio Iván de Nogales a principios de la segunda década del siglo XX, es verdad que se cruzó en un café lisboeta con Ramón Gómez de la Serna – el eje sobre el que giran muchos de los contactos establecidos en el momento entre escritores de ambos lados de la raya –, es verdad que pasó algunas tardes en 1923 con Adriano del Valle, comentando la actualidad literaria y la poesía de Mário de Sá-Carneiro... pero nunca contó con el apoyo decidido de ninguna voz con autoridad en el contexto de las letras españolas. Lo intentó con Unamuno, pero el envío de la revista *Orpheu*, como es

bien sabido, fue despachado por el bilbaíno a los cajones del olvido; lo intentó a través de los poetas ultraístas andaluces, pero lo más que consiguió fue encontrar su firma en un periódico periférico, en 1923, de cabecera definitiva: *La Provincia*; ni siquiera tuvo la fortuna de entablar amistad con Gómez de la Serna, que hubiese sido – como en el caso de José de Almada Negreiros – un espectador privilegiado de su obra y un introductor cualificado de la misma. Todo hipótesis. La recepción de Fernando Pessoa en España durante su vida no ofrece mucho más que algunos pequeños detalles en la prensa andaluza (los poemas publicados en el diario de Huelva *La Provincia* traducidos por Rogelio Buendía, una carta publicada por Adriano del Valle en el diario *La Unión* de Sevilla) y alguna mención en periódicos y revistas principalmente de Galicia y Cataluña, de la mano de algunos atentos espectadores entre los que destaca un lusófilo hoy prácticamente olvidado, Andrés González-Blanco.

Sin embargo, es fácil deducir las razones de tanto silencio. Unamuno nunca fue amigo de modernidades ni de modernismos, y la carta remitida por Pessoa y Sá-Carneiro en 1915 tenía el tono provocativo de la juventud que no rehúye mirar de frente a la vanguardia. Su obra, por otro lado y como todos sabemos, permaneció inédita en forma de libro hasta poco antes de su muerte, y no facilitó el acceso a sus poemas de los jóvenes escritores españoles que viajaban a Lisboa, aunque fuesen, como en el caso de Gómez de la Serna, actores privilegiados en el contexto de las publicaciones periódicas que se interesaban por el curso de la literatura de más allá de la frontera. También es justificable, aunque cueste más plegarse a la realidad histórica y no rebelarse ante ella, el hecho de que los poetas del *Veintisiete* no se acercasen a su obra salvo de forma muy tardía, como demuestran las traducciones de poemas pessoanos que realizaron Jorge Guillén y Gerardo Diego en los años sesenta, cuando el nombre de Pessoa comenzaba, tímidamente, a convertirse en referencia de la literatura portuguesa en España. Difícilmente, es verdad, podrían haber tenido conocimiento del nombre de Pessoa los grandes poetas españoles del *Veintisiete* cuando sus conocimientos de la poesía portuguesa se limitaban aún, en los años treinta, a los nombres de Castro y Pascoaes, y también de forma muy secundaria en sus universos de lecturas e intereses internacionales. En este contexto, no dejará de resultar importante el problemático acercamiento que *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero protagonizó con respecto a la revista coimbrana *Presença*, y que cerró de forma nefasta el que podría haber sido el gran vehículo para el acercamiento cultural y literario entre los dos países.

Así, la recepción de Pessoa durante su vida se resume en un breve saldo: sus mínimas apariciones en la prensa española (incluida la publicación de su poema “Pierrot bêbado” en el *Almanaque de las Artes y las Letras para 1928*, coordinado por Gabriel García Maroto) y algunos contactos paralelos (Adriano del Valle y António Botto, por ejemplo) auspiciados por sus relaciones españolas, que culminarían también, en los casos de Botto, Sá-Carneiro o Judith Teixeira, con algunos pequeños textos publicados en el mismo diario onubense mencionado. Poca cosa, sin duda, si tenemos en cuenta el enorme potencial de escritores de uno y otro lado de la frontera, interesados por la vida literaria del país vecino.

Los años que siguen a la muerte del poeta y hasta su despegue definitivo en la década de los setenta (de forma imparable hasta nuestros días) no dejan de resultar, asimismo, paradójicos. Son los años en los que comienza a gestarse un cambio en el canon del sistema literario español, que ofrece los primeros indicios de que Fernando Pessoa sería el poeta que desbancaría a Castro y Pascoaes del lugar de privilegio en su recepción en España. Porque, en efecto, entre 1945 y 1955, cuando la obra de Pessoa continuaba siendo una perfecta desconocida en el contexto español, se publican tres textos fundamentales que cambiarán definitivamente el curso de la recepción del poeta, y que serán, aunque en su momento no significasen un paso demasiado evidente en este sentido, el embrión para la definitiva asunción del poeta portugués como el más importante del siglo XX en el polisistema español. El primero de los tres textos mencionados es de la autoría de Joaquín de Entrambasaguas, que en 1946 publica como Suplemento de los *Cuadernos de Literatura Contemporánea* – que él mismo dirigía – una selección de poemas del autor de los heterónimos, la primera aparecida en España, con una interesante nota introductoria en la que confiesa su admiración por la obra pessoana. El segundo de estos textos es de Ildelfonso-Manuel Gil y reúne una serie de *Ensayos sobre poesía portuguesa*, en cuyas páginas cobra especial relevancia el titulado “La poesía de Fernando Pessoa”, treinta páginas en las que analiza, también por vez primera en España, la génesis de los heterónimos. El tercero y último de los textos referidos es obra, de nuevo, de Entrambasaguas, que en 1955 publicó el volumen *Fernando Pessoa y su creación poética*, en el que ofrece una visión panorámica de la obra del portugués. Sin duda, el referente crítico inmediato para los dos autores son los textos dedicados a Pessoa por Adolfo Casais Monteiro, demostrando que el papel desempeñado por la generación de *Presença* en la revalorización de Pessoa encontró, a pesar del “fracaso” de la *Gaceta Literaria*, terreno permeable en España.

No deja de resultar significativo el hecho de que este inicio de cambio de paradigma en el canon mostrase sus primeras manifestaciones cuando aún no existían casi poemas pessoanos traducidos al español, a pesar del importante ejercicio de presentación de obras extranjeras en castellano llevado a cabo durante toda la primera mitad del siglo XX por muchas de las más importantes editoriales españolas y americanas. Una vez más, como sucedió en el caso de Eugénio de Castro (cuya dimensión en España creció considerablemente gracias al impulso ejercido en su favor por Rubén Darío), los países hispanoamericanos sirvieron de eje introductorio de la poesía de Pessoa en España, y lo hicieron con un mediador de la calidad y prestigio del mexicano Octavio Paz, que publica en 1962 su primera antología del poeta, al que dedica también un excelente texto crítico, “Fernando Pessoa. El desconocido de sí mismo”.

A partir de este momento la historia empieza a cambiar de forma acelerada, y a partir de los años setenta se produce una sistematización de la obra poética pessoana en España que se convertirá, en los años ochenta y noventa, en un auténtico aluvión editorial. Un aluvión feliz que convierte a Pessoa en uno de los poetas europeos más leídos y citados por los poetas españoles actuales, y que debe mucho tanto a los pequeños momentos de acercamiento propiciados durante la vida del poeta como a los primeros intentos de sistematización crítica llevados a cabo en la postguerra española, y muy curiosamente, por académicos – como en el caso de Entrambasaguas – que no destacaron, precisamente, por su apertura ideológica y estética hacia las nuevas corrientes literarias.

El de Pessoa en España es, por todas estas razones, un camino paradójico, como probablemente no podía dejar de ser. Al poeta nunca le interesó demasiado el país de Cervantes, aunque también es cierto que nunca dejó de aprovechar cualquier ocasión que se le presentaba para divulgar (o intentar divulgar, mejor) su figura en España. Por eso no cuesta demasiado trabajo imaginarle sonreír al conocer el curso de su recepción española: tras sus escauceos, la postguerra española y la especial coyuntura literaria y académica de la época serán protagonistas activas en el cambio del canon, que sólo llegará al lector décadas más tarde, cuando su voz se convierte en la inconfundible seña de identidad de la modernidad literaria portuguesa.